

condiciones de hallazgos. De la zona esquimal, por la coincidencia de los datos arqueológicos con los etnográficos, tanto en América del Norte como en el N.E. de Asia, el autor hace de ella mención especial, advirtiéndole que la bola esquimal, provista de peso agujereado y cuerdas múltiples, no se han hallado en yacimientos arqueológicos de una edad anterior al primer milenio a. J. C., pero cree que debió existir en épocas muy anteriores. Únicamente así se explicaría la presencia de este mismo tipo en Sudamérica. En Europa ubica la bola en el horizonte cultural Musteriense, en razón de numerosos hallazgos y observaciones que así lo indican. En cuanto a África, la carencia de datos etnográficos y los pocos aportes arqueológicos, hacen por ahora imposible establecer con precisión la presencia de la boleadora en este continente.

En conclusión, del examen de los elementos estudiados, tanto americanos como europeos, nos dice el autor, parecen indicar que este instrumento, conocido entre nosotros por boleadora, quizá sea una de las armas arrojadas más antiguas de la tierra.

Aunque es muy conocida la capacidad y clara inteligencia del Dr. Alberto Rex González, además de su erudición en la materia de su especialidad, no por ello debemos dejar de repetir que con este trabajo nos ofrece otra vez un ejemplo digno de elogio al emprender con tanto tesón y prolijidad el estudio de un elemento particular, que en su género, constituye un modelo y base para investigaciones similares.

RICARDO H. CASTAÑEDA.

CORNELY, F. L.: *Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle*. 226 pp., con ilustraciones. Editorial del Pacífico S. A. Santiago de Chile, 1956

En 1952 el conocido investigador germano-chileno Francisco L. Cornely, director del Museo Arqueológico de La Serena, publicó una extensa monografía en la que sintetizaba el conocimiento actual de la llamada cultura Diaguita Chilena. (Y digo llamada, porque queda claro a través de los datos aportados por este mismo trabajo —aunque el autor no lo diga en forma categórica— de que esta etnia, que en tiempos prehispánicos ocupara las provincias chilenas de Coquimbo y Atacama, no tuvieron mayor parentesco con los Diaguitas argentinos que con cualquier otro grupo de los Andes meridionales). Dicha monografía apareció en una publicación científica (la Revista Chilena de Historia Natural, tomo LI-LIII, pp. 119-262), y a fin de hacerla llegar al gran público, ha sido ahora editada en forma de libro de formato pequeño, revisada y algo ampliada. En el mismo se incluye, como segunda parte (de p. 175 al final), el texto de otro trabajo publicado primero en 1944,

luego ampliado en 1953 como folleto, sobre la "Cultura de El Molle", que floreció en la misma zona antes de la llegada de los "diaguitas chilenos". También éste ha sido revisado, y se le han agregado dos capítulos sobre investigaciones efectuadas en 1954 y 1955 (cementeros en las zonas de Hurtado, del valle de Huasco y en Chalinga).

El libro cumple su cometido satisfactoriamente. Trae multitud de datos que interesan al estudioso, ilustrados con buenos dibujos; el profano hallará, tal vez, más interés en las descripciones de viajes y de investigaciones de campo, que poseen indudable valor documental, así como en el capítulo primero, que relata los primeros contactos de los indios del norte de Chile con el Conquistador, seguido de una ojeada preliminar de conjunto. Valioso es, entre otros, el repertorio de cementeros indígenas de la zona estudiada (cap. VI), en el que se muestra particularmente el fundamento general que da importancia a la obra, y es que tiene por autor a quien desde hace más de un cuarto de siglo se halla en contacto íntimo con los yacimientos arqueológicos y con los materiales extraídos de los mismos. En esto se diferencia, precisamente, Cornely de los que lo han precedido, a quienes según sus propias palabras "les ha faltado en general una mayor experiencia de primera mano, ya que se han guiado principalmente por materiales de museos y colecciones privadas", las que en su mayoría "carecen de datos precisos acerca de aquellos hallazgos". Y si descubrir grupos culturales nuevos e importantes —otras tantas manifestaciones vitales de la Humanidad en su camino histórico— es una de las aspiraciones máximas de los arqueólogos, la identificación de la cultura de El Molle constituye para Cornely un motivo de sincera felicitación. Uno de los resultados de las investigaciones recientes —en las que han participado sus activos colaboradores nucleados en la Sociedad Arqueológica de La Serena— es que dicha cultura "se ha extendido por lo menos, en el norte hasta el valle de Huasco y por el sur hasta el Choapa" (p. 222), y que probablemente se ha extendido aún más.

No queremos dejar de señalar algunas imperfecciones de carácter sólo formal. Se indican figuras o láminas que no existen (pp. 104, 190, 196, 210). Hubiera convenido, tal vez, numerar asimismo las ilustraciones de la segunda parte. Se dice, probablemente por errata, "metacefalia" en vez de mesaticefalia o mesocefalia. En pp. 171 a 173 aparece erróneamente un acento en la primera a de "tacitas". Son detalles de poca importancia que fácilmente podrán ser subsanados en las ediciones futuras.

El libro del Sr. Cornely es una valiosa contribución al conocimiento arqueológico de esta parte de Sudamérica, y una interesante expresión de la actividad científica chilena. Toca ahora a los argentinos —especialmente los que estudian el N.O.— utilizarlo como base comparativa.

JUAN SCHOBINGER